

Reproducción

Número 98. — Tomo VI.

31 de Agosto de 1923.

Director:

Elías Jiménez Rojas

San José de Costa Rica

Apartado 230

Administración: BOTICA LA DOLOROSA

Imprenta Crejos Hnos.

Apartado R R

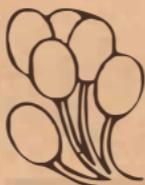
Teléfono 285

Imprenta

Librería

Encuadernación

Papelería



Trejos Hnos.

Participaciones
de matrimonio

Invitaciones

Fibros de caja

Memorandums

Facturas

Cheques ÷ Recibos

Calonarios

Fibros en blanco

Tarjetas

Menús, etc., etc.



Cumplimiento
en la entrega
de trabajos.

REPRODUCCION

No. 98 * 31 de Agosto de 1923 * Tomo VI

Director, ELIAS JIMENEZ ROJAS

San José, Costa Rica — Apartado No. 230

La juventud es un estado

La juventud no es una época de la vida; es un estado de ánimo. No es cuestión de mejillas rosadas, labios encarnados y articulaciones flexibles; es un temperamento de la voluntad, una cualidad de la imaginación, un vigor de las emociones. Es la frescura de la primavera profunda de la vida.

Juventud significa el predominio del valor sobre la timidez en el carácter, del apetito de la ventura sobre el amor al ocio.

Esto a menudo existe más en un hombre de cincuenta años que en uno de veinte.

Nadie envejece por haber vivido un número determinado de años. Sólo se envejece cuando se abandonan los ideales.

Los años arrugan la piel, pero sólo el abandono del entusiasmo arruga el alma.

El pesar, la duda, la propia desconfianza, el miedo y la desesperación son los años que encorvan el corazón y conducen el espíritu floreciente a las sombras.

Ya se tenga diez y seis años o sesenta, siempre existe en cada corazón humano el impulso a la maravilla, el suave asombro ante las estrellas y las cosas y pensamientos que son como estrellas, el desafío a los acontecimientos, el apetito infantil y jamás desmentido por lo venidero, por la alegría de vivir.

Uno es tan joven como su fe, tan viejo como su duda; tan joven como la confianza de uno mismo, tan viejo como su temor; tan joven como su esperanza, tan viejo como su desesperación.

En el sitio central del corazón hay un árbol siempre floreciente, que se llama amor. Mientras este árbol tenga flores, el corazón es joven. Si muere, entonces se torna viejo.

En el sitio central del corazón hay

una estación radiográfica. Mientras en ella se reciban mensajes de belleza, esperanza, alegría, grandeza, valor y poder, desde la tierra, desde los hombres, y desde el infinito, cualquiera es joven. Pero cuando esta estación cesa de funcionar y el sitio central del corazón se cubre con las torpezas del cinismo y el hielo del pesimismo, entonces úno es viejo aunque tenga sólo veinte años. En este caso, ¡Dios tenga piedad de esa alma!

FRANK CRANE

Los aliados en la paz

por Agnes Repplier ⁽¹⁾

Después de todo, la actitud general de los aliados no es tan extraordinaria ni tan sorprendente como el trágico tono de algunos escritores nos llevaría a juzgarlo. No es de ahora que se hacen y deshacen alianzas ni que las naciones sean o dejen de ser amigas según lo requieran sus intereses del momento. «Nada es tan caro a la criatura como su propio interés,» decía Epicteto; y nadie ha podido contradecirle hasta el presente. La actitud de Francia, tan acerbamente criticada por algunos de sus anteriores aliados, no se aparta mucho de la regla establecida. Todas y cada una de las naciones actúan y han

(1) Nació en Filadelfia, Pensilvania, en 1859. Ha publicado muchas obras de gran mérito y ha pasado largas temporadas en Europa.

actuado y actuarán primordialmente en consonancia con sus propios intereses. El caso es que las naciones aliadas que triunfaron en la guerra están algo cansadas la una de la otra y de sus recíprocas reclamaciones. Como resultado, Alemania ha salido favorecida con un despertamiento de simpatía de parte de algunos de sus anteriores enemigos, mientras es detestada por sus anteriores aliados. Pero, si bien a raíz de una guerra leal puede formarse una verdadera amistad, la guerra de Alemania ha sido desleal, del principio al fin, y aunque muchos sientan conmiseración por su suerte, no hay nadie que la estime.

La Redacción de *Inter-América*.

«La amistad entre príncipes,» hacía observar el discreto Philippe de Comines, «no es de larga duración.» Probablemente habría dicho lo mismo de la amistad entre repúblicas, si hubiera soñado alguna vez que existiría el gobierno representativo. Lo que sabía era que la amistad de los hombres, basada en mutua afección y estima, sobrevive al tiempo; y que la amistad de las naciones, basada en intereses comunes, no puede sobrevivir a la mudanza de aquellos intereses, sujetos siempre a declinación. Tenía la prueba, si prueba fuera necesaria, en la invasión de Francia por Eduardo IV bajo la presión de su aliado Carlos de Borgoña. Fué una invasión cortés, de aquellas comunes a esa edad caballe-

resca. «Antes de hacerse a bordo en Dóver, el Rey de Inglaterra envió a uno de sus heraldos llamado Garter, natural de Normandía, con una carta de desafío para el Rey de Francia, redactada en lenguaje tan elegante y cortesano que apenas puedo concebir fuera escrita por un inglés.»

Esto fué un comienzo feliz, y el final no fué menos afortunado. Cuando Eduardo desembarcó en Francia encontró que Luis IX, que detestaba los conflictos, estaba decidido por la paz; y que el duque de Borgoña no estaba preparado para la guerra. Por consiguiente, negociando una ventajosa tregua regresó Eduardo a Inglaterra con renovado capital de cordura y de riquezas y en mejores términos con su enemigo que con su aliado. «Porque donde está nuestra ventaja está también nuestro corazón.»

Lo más alentador del estudio de la historia es que nos inclina a pensar esperanzosamente respecto de nuestra época. El trágico tono de ciertos escritores contemporáneos parecería indicar que las naciones aliadas que

lidiaron y vencieron en la gran guerra han caído desde algún alto pináculo a que nunca llegaron hasta profundidades abismales que jamás han sondeado. Cuando el decano Inge hizo constar en *The Contemporary Review* su convicción personal de que la guerra había sido «un error funesto e innecesario que no tenía por qué ni debía haberse producido,» esta declaración incidental fué acogida y repetida en ambos lados del Atlántico en la forma exasperante con que los coros griegos acogen y repiten en estrofas y antistrofas el sentimiento más desgarrador de la pieza. Y ¿con qué objeto? ¿Ha puesto acaso en duda por un momento cualquier persona cuerda que el brutal ultimátum de Austria a Serbia fuera un error funesto e innecesario? ¿Ha puesto acaso en duda por un momento cualquier persona cuerda que la invasión alemana de Bélgica fuera un error funesto e innecesario? Pero si el decano Inge o sus admiradores supieron de algún argumento, salvo el de las armas, capaz de convencer a las potencias centrales de que estaban erradas o de incitarlas a enmendar su

error, de manera que no hubiera sucedido aquello que no tenía necesidad de suceder, es lástima que no se brindara esta luz al mundo ante la inminencia del peligro.

Es posible que dos muchachos se hagan amigos a raíz de una pelea leal. Es posible que dos naciones lleguen a una buena inteligencia mutua a raíz de una guerra leal. Las relaciones entre la Gran Bretaña y el Africa meridional constituyen un ejemplo de este caso. La guerra iniciada por Alemania fué desleal desde el principio hasta el fin. Por lo tanto, aunque hay muchos que sienten conmiseración por su suerte, no hay nadie que la estime. La duración de la guerra influye poco en este vivo sentimiento de desestimación. Aunque sólo hubiera durado cuatro meses en lugar de cuatro años, los agravios cometidos en Francia y Bélgica habrían esterilizado las semillas de amistad en la mente de quienes los recordaran. A un sentimiento anormal de superioridad agregaba Alemania una falta anormal de agudeza, que la hacía considerar toda resistencia como una ofensa injustificable e

imperdonable. Su resentimiento porque los belgas hubieran pretendido defender su territorio era comparable al resentimiento de aquel famoso mero-deador, el Conde de Cassillis, cuando Allan Stewart desafiaba la tortura rehusando dejarse arrancar la firma que debía despojarle de su patrimonio. «Sois el hombre más obstinado que conozco, obligándome a abusar de vos de este modo,» decía el conde. «Nunca creí tratar a nadie de la manera en que vuestra pertinacia me ha forzado a trataros.»

La reacción emocional que siguió a la firma del armisticio era demasiado natural para que haya de deplorarse, salvo en cuanto dió a los obstruccionistas y sentimentalistas oportunidad de apocar los incomparables heroísmos de la guerra. Ningún pueblo puede atenerse a la heroicidad cuando se trata del problema de pagar sus deudas con las arcas del tesoro exhaustas. La necesidad arrastra a los hombres al rencor, así como la plenitud los arrastra al egoísmo. Comerciar es esencial para la vida del mundo; pero nadie ha pretendido jamás que sea

un proceso ennoblecedor. Si fuera dado a los deudores el amar a sus acreedores, nunca se habría perseguido a los judíos. Si fuera dado a los acreedores el amar a sus deudores, no existiría pobreza en la tierra. Que todas las naciones, que ahora presumen de hallarse en términos amistosos, actúen de acuerdo con sus respectivos intereses, parecería a la generalidad de nosotros la actitud normal que es en realidad, si no hubieran afectado con tal insistencia sentirse recíprocamente asombradas y pesarasas ante su conducta, y si los creadores de disturbios de todas partes no estuvieran activamente empeñados en convertir grietas en abismos.

La publicación inglesa *Nation and Athenæum* escribe acerca de Francia en 1922 como podía haber escrito—pero no lo hizo—de Alemania en 1914. Compara a Poincaré con Shylock, a Francia con un carnicero ansioso de encontrarse en el matadero. «El militarismo francés, activo en el territorio del Rhin, aguijonea todas las pasiones bastardas.» «Europa continúa sumida en el caos político y social, debido

puramente al egoísmo de Francia». «Si los franceses insisten en precipitarse a morder a Alemania, el resto de Europa tendrá, pronto o tarde, que ponerlos en cuarentena.» «Había una Francia intelectual. La victoria la ha matado, y una prolongada y lenta renovación del alma habrá de preceder a su resurrección.»

Como el ingenuo Mr. Pepys, *The Nation* «tiene un odio natural a los franceses,» y se le hace duro que Mr. Lloyd George haya tratado alguna vez de aplacarlos, y que el mundo los considere tan persistentemente un valioso elemento en la civilización. *The Nation* no comprende que el intenso nacionalismo que conservó a Verdún se manifieste ahora en la resolución inquebrantable de conservar a Francia y recobrar de entre los despojos del naufragio de Europa la ayuda material de que el país se halla tan necesitado. La cooperación es palabra buena y cosa buena. Para el francés significa en primer lugar el interés de la propia nación. ¿Tiene acaso otro significado para alguno de nosotros? La política inglesa de conciliación, nuestra

política de alejamiento, los regateos de Alemania, y la fanfarronada colosal de Rusia, todo tiene la misma significación. «¡No os alucinéis! Nada es tan caro a la criatura como su propio interés,» decía Epicteto, quien, habiendo desnudado a su alma de deseos, estaba dispuesto en consonancia a perdonar los instintos adquisitivos de los demás.

Mr. Edward Martin, escribiendo muy lúcida y comprensivamente de los franceses, admite que el concepto que tienen de su deber para con el mundo «es defender a Francia, mantener su vitalidad y hacerla próspera y poderosa.» Suena esto a mezquino y práctico y arrogante. Tiene también cierto eco familiar. Francia se considera intelectual y artísticamente un elemento de valor. El mejor servicio que puede prestar al mundo es su propia preservación. ¿Cómo se juzgan a sí mismos los Estados Unidos? La misma semana en que Mr. Martin daba al público su interpretación del nacionalismo galo, un escritor de la *Review of Reviews* de Nueva York, después de asegurar con indescriptible pulcri-

tud que los norteamericanos «han sido educados en una actitud de filantropía apenas concebida en otras naciones,» procede a simplificar esta actitud defendiendo la ley de tarifas, la limitación de la inmigración, y otros alentadores fragmentos de legislación. «El mejor servicio que podemos hacer al mundo,» explica, «consiste en mantener nuestra vida y carácter nacionales.»

Esto es precisamente lo que piensa Francia, solamente que sus celosos hijos omiten definir la prudencia como filantropía. Opinan que el mundo es mejor por lo que ellos le ofrecen; pero saben que no es en obsequio del mundo por lo que ellos desean tan vivamente hallarse en situación de ofrecerlo. Son profundamente sentimentales, pero su sentimiento es completamente por *la patrie*. No experimentan la necesidad premiosa de presumir que aman a su prójimo como a sí mismos.

Es diferente tratándose de los norteamericanos en quienes el idealismo y el materialismo se disputan cada centímetro de terreno. Cierta profesor de Tejas, enviado por la American Peace

Commission a investigar las condiciones en Alemania, publicó en el número de mayo de *The North American Review* un artículo sobre los «Ideales y tradiciones norteamericanos.» El autor toma la alta posición de que el pueblo de los Estados Unidos ha sido el primero en el mundo «en hacer del espíritu desinteresado de servicio a la humanidad la medida tanto de una nación como de un individuo. Lo que ahora se llama el humanitarismo norteamericano no es sino el individual espíritu de filantropía de los Estados Unidos aplicado a las relaciones internacionales.» Este «sencillo hecho histórico» es la clave de todos nuestros actos. «La participación de los Estados Unidos en la gran guerra no constituyó una especie de interrupción del curso normal de su idealismo: fué el impulso irresistible de la poderosa corriente de nuestra decisión por el servicio de la humanidad.»

Uno se pregunta si este idealista recuerda lo que sucedió en Europa, en los Estados Unidos y en los altos mares durante el período comprendido entre julio de 1914 y abril de 1917.

¿Recuerda, por ventura, aquellos treinta y dos meses preñados de incidentes de tal naturaleza que su peso acumulativo destruyó nuestra vigorosa resistencia al «servicio», arrastrándonos lenta pero bizarramente a la acción? Los grandes hechos se basan en grandes emociones; pero las emociones antagónicas de aquel período mal pueden calificarse de «irresistibles». Las mejores de ellas fueron resistidas demasiado tiempo y con demasiado éxito. No se adquiere una impresión clara de los acontecimientos comentándolos en frases retóricas. Encabezamientos de artículos son una cosa y la historia es otra. «Tratando de juzgar a los demás», dice Tomás de Aquino: «el hombre a menudo se esfuerza en vano. Por lo general, está equivocado y peca con facilidad. Pero de juzgarse y estudiarse a sí mismo siempre obtiene ventajas».

El autor de *The Mirrors of Washington* (los espejos de Washington), que ha sacrificado autoridad por el anónimo, da crédito a Mr. Hughes por haber sido el primer norteamericano que haya usado franca y eficazmente

la palabra «intereses». Apenas en posesión de su puesto, declaró que los Estados Unidos estaban en vías de mirar por sus propios intereses y que continuarían haciéndolo así; que habían adquirido ciertos derechos a fuer de beligerantes y estaban decididos a hacerlos efectivos; que jugarían una mano en la partida internacional o rehusarían tomar parte, según dictaran sus intereses. Posteriormente reconoció Mr. Hughes comunidad de intereses en algunos puntos importantes, y convocó la conferencia de Washington. Algunos ardientes partidarios de la liga de naciones declararon, como forzados por su consciencia, que la conferencia no había alcanzado resultados. Partidarios menos ardientes opinaron que, a pesar de asemejarse en cierto modo a un tribunal de divorcio, la conferencia había sido fructuosa. Parece muy verosímil que sea el primer eslabón de una cadena interminable. Si el «hábito de las conferencias» es bueno de adquirir, según se nos afirma, el mejoramiento del mundo está asegurado. Rusia se ha manifestado en favor de una serie de

conferencias, quizá porque tiene mucho que decir, y está dotada de tan admirable facundia para decirlo. Al escucharla, úno se pregunta de dónde sacó Carlyle su noción de los «vigorosos, taciturnos rusos». Probablemente de aquellas indecisas regiones de lo inexplorado, de donde derivó Homero su frase, «los irrepreensibles etíopes».

Es de lamentarse la continuada aplicación de la frase «alianzas comprometedoras». Despierta inquietud excesiva en los espíritus cautelosos. Toda alianza, desde el matrimonio arriba—o abajo—entraña necesariamente algún compromiso. Los anacoretas de Tebas y el molinero de Dee (1) son los únicos ejemplos que tenemos de emancipación completa de vínculos humanos. Aquella sencilla y hermosa máxima de atender a nuestros propios asuntos, dejando a los demás el cuidado de los suyos, no es posible, des-

(1) Alusión a una antigua canción inglesa, *The Miller of Dee* (El molinero de Dee), con letra del poeta Charles Mackay (1814-1889). Al final de cada estrofa se repite el refrán del molinero: «No se me da nada de nadie, no señor, ni a nadie se le da nada de mí».—I. A.

graciadamente, para los aliados. Ni tampoco el deseo vivo y general por la paz constituye base suficiente para un arreglo. La paz necesita ciertas condiciones, y estas condiciones requieren una base propia: justicia, razón, y ganancias limitadas que se basen en concesiones mutuas. «Si hemos de ser pacíficos o no, depende de que los demás sean o dejen de ser agresivos». Mr. W. H. Mallock nos refiere una jocosa anécdota sobre cierta vieja del Devonshire a quien amonestaba el párroco para que fuera «conciliadora» con su marido. «Yo me esfuerzo por tener paz, señor», fué la fogosa respuesta; «pero en cuanto le hablo de eso a mi marido, ya está él disponiéndose a pelear».

Algunos de los que se dedican al estudio de la historia querrían convencernos de que ciertas naciones son aliados naturales, destinados por carácter y temperamento a marchar de acuerdo y aumentar sus mutuas satisfacciones y ventajas. Alemania y Rusia han sido mencionadas más de una vez como naciones instintivamente bien dispuestas la una hacia la otra, por-

que cada cual suplementa los talentos de la otra. Bismarck clasificaba a los alemanes y a los eslavos respectivamente como del sexo masculino y sexo femenino entre las naciones del globo. Asignaba por derecho a Alemania la autoridad de gobernar. «La suave naturaleza eslava», dice recientemente un escritor en *The New Republic*, «sensitiva, emocional, pero indisciplinada, ha derivado de fuentes alemanas casi todo el progreso que ha realizado en cuanto a civilización material».

Ambos países han demostrado ser aliados inestables, y Rusia tiene la cualidad femenina de la variabilidad. «Peligrosa para sus enemigos, desastrosa para sus amigos». El frenesí de entusiasmo por la alianza con Rusia, que sacudió a Francia hasta la locura en 1901, y que hizo desaparecer su sólido oro francés en valores fiduciarios rusos, constituye ahora un obstáculo para la paz europea. Es una de las ironías de la historia que la actitud de Inglaterra hacia los temidos y odiados rusos («esos moscovitas son unos demonios»), sea de blanda tole-

rancia, en tanto que Francia está tri-
nando contra sus antiguos amigos. *De
todas las alianzas nacionales puede de-
cirse con verdad: «EN EL MOMENTO DE
LA UNIÓN SE SIEMBRA LA SEMILLA DE SE-
PARACIÓN».*

Hay personas que sostienen que las
posesiones de petróleo de Rusia re-
presentan mayor valor que los dones
de Francia en arte, letras y cultura
intelectual. Pero Francia no escatima
nada. Nos ha enriquecido durante años
enteros, y la gloria de sus dádivas
se equipara solamente con nuestra ca-
pacidad receptiva. Los yacimientos
rusos de petróleo están bien escondi-
dos tras montañas de papel moneda.

En cierto modo, Rusia y Alemania
son demasiado semejantes para la
unión perfecta. Ambas fabrican la
misma clase de moneda, y ambas es-
tán en la misma dolorosa necesidad
de amigos que fabriquen otra diferen-
te. El seis de julio del año pasado el
marco se cotizaba a veintiún centési-
mos de centavo. En las seis semanas
subsiguientes a dicha fecha, Alemania
puso en circulación 25,700,000,000 más
de marcos, aparentemente bajo la ilu-

sión de que es posible obtener algún guarismo mediante la persistente multiplicación de ceros. Pareció un tiempo que la carestía de trapos, y consecuentemente de papel, y consecuentemente de libros, y consecuentemente de ideas, debería originarse en Alemania y Rusia, que estaban agotando la provisión de papel del mundo convirtiéndolo en moneda. Este grandioso espíritu de emisiones extraordinarias las impulsó a regatear en Génova a semejanza de los mercachifles de curiosidades en Oriente, que empiezan por pedir veinte libras por un artículo que esperan vender por dieciocho peniques. En espectación de la rebaja, dejaban ancho campo para el regateo.

En 1914 los Estados Unidos debían a Europa tres mil millones de dólares. En 1922 Europa debía a los Estados Unidos aproximadamente once mil millones de dólares. Nuestra «decisión por el servicio de la humanidad» no ha dado resultados del todo malos. Esta circunstancia explica suficientemente nuestra circunspecta evasión de la conferencia de Génova. Es verdad que el papel de Shylock se adapta tan mal

a nuestros gustos e ideas como a los de Francia. Nos avergonzaríamos de oprimir hasta la ruina a nuestros deudores. Pero el convertir sus débitos en obligaciones a largos plazos no es una medida filantrópica. Ha sido proyectada principalmente en atención a nuestra propia conveniencia. La Gran Bretaña, en su altiva detestación de falta de cumplimiento, propone, mediante la imposición de impuestos que ningún otro pueblo en el mundo podría resistir, pagarnos el interés, aunque no tiene la menor esperanza de cobrar un centavo de los millones que le deben a ella sus aliados, con excepción del Japón. Francia, menos orgullosa, pero, más lógica, rehusa pagar a nadie mientras Alemania se resista a pagarle. Si ha de perdonar sus deudas, las suyas deben también serle perdonadas. No siempre es posible conciliar la justicia y la misericordia, y justicia es lo que reclama ante el tribunal de las naciones.

La prensa francesa ha comentado amarga y dolorosamente el sentimiento de aislamiento de Francia. Su halagadora creencia en «la inquebrantable

amistad de los Estados Unidos» se ha visto cruelmente destruida, y Francia pregunta a cielos y tierra dónde se encuentra la (proverbialmente ausente) gratitud de las repúblicas. Que no existe cosa semejante a inquebrantable amistad nacional, es algo tan bien sabido por los franceses de claro criterio y conocimiento como lo es por todo el resto de nosotros. Después de todo, tampoco somos ya nosotros el ídolo de los en otro tiempo nuestros decididos amigos. La madrina hada es popular solamente cuando transforma calabazas en carruajes y ratones en briosos alazanes. Cuando no ofrece sino buenos consejos, sus palabras son tan de oro como las de cualquier vecino. En el terreno de la práctica, una amistad que no ayuda y una enemistad que no daña, jamás pueden ser factores dominantes.

Ha pasado, en verdad, el tiempo en que, después de la batalla, los caballeros ingleses y franceses—o lo que restaba de ellos—se daban las gracias mutuamente por el bizarro encuentro. Aquellos eran días de lamentable obscuridad, días en que lo último que

ansiara un gentilhomme fuera el privilegio de morir en su cama por el lento y angustioso proceso, don de la naturaleza, y graciosamente designado como «natural.» El hacha para el noble, la horca para el plebeyo y los azares de la guerra para todos, hacían la muerte tan fácil de producirse y tan barata que sobraba un montón de dinero para los placeres de la vida. Aquel cabeza dura de conde de Northumberland, que daba gracias a Dios de que durante doscientos años ningún heredero del nombre hubiera muerto en su lecho, sabía lo que sus progenitores se habían ahorrado. Aun en el moderadamente civilizado siglo dieciocho persistían algunas dudas respecto del valor relativo del campo de batalla, el patíbulo y el aposento de un enfermo.

El hombre puede escapar a la cuerda y a las armas,

Algunos han sobrevivido a las píldoras del médico,

cantaba el capitán Macheath a la elegante y numerosa concurrencia que acudía a oír las verdades de *The Beggar's Opera* (La ópera del mendigo).

Guerreando y haciendo la paz, alternativamente amigas y enemigas, las naciones de Europa han aprendido en mil años a conocerse mutuamente bastante bien. Hubo un breve período en que la amenaza de la invasión napoleónica despertó en el pecho de Inglaterra un odio cordial y vigoroso hacia Francia. Hubo un largo período en que la frase, «virgen de ingleses,» aplicada a unos cuantos puertos franceses peligrosamente situados (Saint Malo, por ejemplo,) reveló, como sólo tales orgullosas e hirientes palabras pueden revelarlo, el odio nacional hacia Inglaterra. Una y otra vez ha enseñado la historia la misma lección: que la voluntad de un pueblo rechaza firmemente al invasor y que una alianza extranjera no ofrece base estable a la política. Pero mucho se aprende por el contacto, ya sea amistoso o antagónico; y la intimidación de la gran guerra ha dejado tras sí un legado de percepción. Fué un inglés quien descubrió en esos años que los oficiales franceses roncaban «con cierta cortesía.» Fué un gran norteamericano quien dijo que Francia ha-

’ bía «salvado el alma del mundo.» Fué un francés quien escribió comprensivamente: «Despreciar el peligro, mantenerse impávido ante el fuego, no es para un inglés un acto de valor; es parte de buena educación.» Cuando se olvida la gratitud como se olvidan todas las cosas que deberían recordarse, y el sentimentalismo se ha disuelto bajo los despiadados rayos de la realidad, queda, y quedará siempre, una buena inteligencia que es la base de la buena voluntad.

Al presente, las naciones que se vieron reunidas por el peligro común están un poco cansadas recíprocamente de su compañía y más que un poco irritadas por las quejas recíprocas. Hay algo que les advierte que es preferible para ellas conservar todavía por cierto tiempo un frente unido. Este algo es la evidente determinación de los turcos de no cumplir sus promesas. El resultado natural de aquella fatiga e irritación es el acrecentamiento de simpatía por Alemania, quien se encuentra ahora detestada por sus antiguos aliados, y recibiendo sonrisas de algunos por lo menos de

sus antiguos enemigos. Cuanto dice, y tiene mucho que decir, se escucha con exquisita urbanidad. El general Ludendorff ha asegurado al público de los Estados Unidos que Prusia ha sido inocente del deseo siquiera de dañar a Inglaterra. Lo que buscaba era paz «en condiciones aceptables e inofensivas para ambas partes.» Las memorias del príncipe heredero, que se han leído con aprecio, exponen en lenguaje elocuente la inocencia arturiana de los Hohenzollern. «Los resultados de las excesivas demandas vienesas a Serbia nos arrastraron a la guerra en contra de nuestra voluntad.»

La intensa competencia por las memorias del desterrado Káiser ha constituido un evento notable en el mundo de la prensa. La historia de la literatura no puede presentar ejemplo semejante. Hace pocos años discutíamos gravemente la conveniencia de someter a juicio de vida o muerte a dicho caballero. Hace pocos meses luchábamos con mucho mayor ardor por el privilegio de ofrecer a un deleitado público sus imperiales opiniones sobre su propia política imperial. Los norte-

americanos se extasiaban ante la adquisición de tales derechos literarios como se extasiaron ante la adquisición de *Blue Boy*.⁽¹⁾ Es una gran cosa poder exceder la oferta del vecino y pagar por cualquier artículo un precio sin paralelo hasta entonces en el mercado. Ciertas almas inflexibles se han sentido ofendidas por esta aquiescencia a la elevación de Wilhelm II a la categoría de autor más favorecido en el mundo. Opinan que esto implica la negación de todo aquello que hemos reverenciado, de todo aquello por que hemos combatido, de todo aquello que considerábamos genuino. Realmente no implica otra cosa que curiosidad, y la curiosidad no debe confundirse con el homenaje. San Miguel es honrado por los hombres y por los ángeles; pero si él y Lucifer dieran sus memorias al mundo, ¿cuál de ellos sería el mejor pagado o el más leído?

(1) Famoso retrato del niño Buttall, pintado por Gainsborough y adquirido recientemente en los Estados Unidos por un precio exorbitante.— I. A.

De *The Yale Review*, Connecticut, Enero de 1923.
(Recortado en diversos lugares.)

Miscelánea

Una nación es un alma, un principio espiritual. Dos cosas que, en verdad, se funden en una, constituyen esta alma, este principio espiritual. Una está en el pasado; otra en el presente. Una es la posesión en común de un rico legado de recuerdos; otra es el consentimiento actual, el deseo de llevar vida colectiva, la voluntad de mantener y aumentar la herencia que se ha recibido indivisa. El hombre no se improvisa. La nación, como el individuo, es la resultante de un largo pasado de esfuerzos, de sacrificios y de abnegación. El culto de los antepasados es el más legítimo de todos los cultos. A ellos somos deudores de lo que somos. Un pasado heroico, grandes hombres, un poco de gloria (por supuesto gloria verdadera); hé ahí la herencia de toda la nación. Un mismo pasado de gloria y una misma voluntad en el presente; haber realizado grandes hechos en comunidad y aspirar a realizar otros todavía; hé ahí la condición esencial para que un pueblo pueda subsistir.

El amor es proporcionado a los sacrificios que cuesta. Amamos la casa que hemos edificado y esperamos transmitir a nuestros hijos. El canto griego: «somos lo que fuisteis, seremos lo que sois» viene a ser, en su candorosa simplicidad, el himno abreviado de toda patria.

*
* *

RENAN

Como todos los hombres dotados de extraordinaria capacidad, ruda entereza moral y espíritu combativo, el puesto de Ruy Barbosa estuvo generalmente en las oposiciones. En estos pueblos noveles, sin hombres de Estado, sin tradición administrativa, sin probidad funcionaria, que sólo son productos seleccionados de la cultura y la experiencia, la razón está casi siempre en las oposiciones que representan la observación externa de los hechos. Pero, para erigir en ellas una figura histórica, se requieren condiciones que excepcionalmente concurren en los hombres: idealidad definida, conocimiento profundo de las ciencias políticas y de las materias administrativas, gallardía en la acción y en las res-

ponsabilidades, ardor en el ataque, seducción en la palabra oral o escrita, austeridad ante la promesa y una convencida vocación al sacrificio. Los pueblos que encuentran tales hombres hacen de ellos un símbolo de sus virtudes cívicas y, temerosos de quebrarlos, les niegan el poder, que es propicio a las voluptuosidades de la autoridad y a los espejismos del acierto.—ALBERTO ULLOA.

(*Mercurio Peruano*)

*
* *

Sin ir hasta el extremo del famoso novelista inglés que ha reducido a una media docena el número de los verdaderos grandes hombres de todo el mundo y de todos los tiempos, creo que puede afirmarse que dicho número no pasa de cien.

De éstos, ¿cuántos han sido gobernantes?—Muy pocos: Marco Aurelio, Napoleón, Bolívar...

Y de éstos, ¿cuántos han llegado al poder por el sufragio directo de las masas?—Ninguno.

El hecho no es difícil de explicar: ni las multitudes de un determinado

tiempo y un determinado espacio son capaces de comprender a los grandes hombres, ni éstos se sienten inclinados a adularlos para seducirlos y arrancarles sus votos. El sufragio universal directo, lo más sonado que logra producir es gobernantes a la Wilson: inteligentes, eruditos, habladores y en interminable contradicción consigo mismos.

Precisa reconocer sin embargo que el sufragio directo da a veces gobernantes que, aunque tampoco merezcan ser tenidos por grandes hombres, valen ciertamente muchísimo más que los wilsonianos: aludo a los gobernantes rectos, ecuanímenes y simpáticos que parecen librar de los naufragios la nave republicana, pero sin hacerla avanzar ni un ápice en ninguna dirección.

*
* *

Refiriéndose al «Partido Reformista» de Costa Rica, dice el Sr. Presidente de la República:

...«Con esas propagandas se incita a los pueblos a la indisciplina y al irrespeto a las autoridades legítimas y a las jerarquías que la misma naturaleza

impone, y se abre un abismo para la patria, que siempre ha buscado otros senderos más luminosos y más reales para alcanzar su engrandecimiento; porque sólo el «valor moral de la autoridad», como proclamó uno de los pensadores del mundo, sea ella poder legal, virtud, carácter, talento o sabiduría, puede sacar a la civilización contemporánea del caos en que la quieren hundir de consuno las ambiciones desaforadas y el olvido de los deberes humanos».

*
* *

Desde tiempos remotos, distintos hombres sapientes han afirmado, no sin variaciones de forma, que la ambición de mando político es síntoma de tontería o locura o picardía. A esto se ha replicado, juiciosamente también, que sin ser tonto ni loco ni pícaro se puede ambicionar el poder político por particular ignorancia de lo que este poder es en verdad.

—¡Bueno! ¿Y cómo ha de juzgarse la reincidencia de quien ya ha ejercido el mando anteriormente?...

*
* *

Para grandes sinrazones, ciertos hombres grandes.

No me dirijo aquí a ninguna muchedumbre, ni siquiera a la de los maestros de escuela.

Pregunto primero a quienes sepan algo de historia natural y de castellano: ¿Han sonreído o qué, al oír sostener campanudamente en el Congreso que el OMBLIGO es el lazo que une los hombres al suelo en donde accidentalmente ven la luz? ¡Así, la CICATRIZ ÉTNICA (o «racial»), la marca indeleble de que somos eslabones de una cadena biológica, indefinida, es para algunos estadistas ni más ni menos que la señal de ruptura que pudiera mostrar una col arrancada del suelo!

Pregunto después a quienes estén al día en sus lecturas y conozcan lo publicado, de 1915 para acá, en Estados Unidos, Chile, Brasil, Francia, etc.,—sin mentar a Inglaterra, cuyo criterio se mantiene firme acerca de este punto desde hace cientos de años:—¿Cuál principio goza de mayor crédito hoy, el del *jus sanguinis* o el del

jus soli? ¿Cuál ha sido el pensamiento de los mejores publicistas relativamente al peligro de las naturalizaciones, evidenciado con harta claridad desde el comienzo de la gran guerra?

*
* *

¿Debe o no establecerse la enseñanza de la medicina en Costa Rica?

A primera vista, mientras no se considere más que la capacidad del país para abrir una buena escuela, se responde negativamente. Pero luego, ahondando, se ve uno obligado a responder afirmativamente.

Ante todo, por la razón perogrullesca, mas siempre aducible, de que una escuela ha de principiar por existir si quiere llegar a ser buena algún día. Y en seguida y sobre todo, porque en punto a carreras o profesiones lo esencial es la disposición ingénita de quien haya de seguirlas.

Que la disposición para la medicina es muy común entre los costarricenses, varones o mujeres, nadie lo negará. Tampoco se negará que tal disposición exige, para confirmarse, una escuela, siendo asunto secundario el

de la pobreza y calidad de ésta en el momento de su apertura.

Se hace más con aptitudes naturales en una escuela embrionaria, que sin ellas en el más perfecto centro del globo.

Nuestros mejores abogados y nuestros mejores farmacéuticos no han hecho sus estudios fuera del país. ¿Qué no será, pues, de los médicos en el futuro, dado que la medicina es quizá la profesión que requiere mayor cúmulo de capacidades connaturales?

Si se conociera algún procedimiento para apreciar de antemano estas capacidades, merecería atención el parecer de quienes encuentran preferible el obligar a los jóvenes a hacer sus estudios en el exterior. Mas no existiendo semejante procedimiento, confesemos que la medicina no progresará propiamente entre nosotros mientras no posea al menos un centro de enseñanza liberalmente abierto a cuantos y cuantas deseen probarse en el aprendizaje de la más difícil de las ciencias y el más difícil de los artes.

No falta quien diga: Ya son muchos los médicos, para pensar en crear un

semillero nacional. Y a él respondo: tan pueril alarma denota otro tanto de ignorancia o irreflexión. ¿Cómo realiza la naturaleza sus mejoramientos? Escogiendo. ¿Cómo escoge? MULTIPLICANDO EL NÚMERO de los candidatos. ¿Sabe Ud. de una manera más eficaz? Para que vivan unos cuantos hombres, es necesario que nazcan cientos de niños.

*
* *

¡Lástima que los activos e ilustrados redactores de *Inter-América* traduzcan casi siempre el verbo inglés *to assume* por el español *asumir*! En español, *asumir* significa, por regla general, *atraer a sí* o *tomar para sí*. Mientras que en inglés *to assume* tiene, a más del significado español, muchas otras significaciones, vecinas de *presumir*, *sospechar*, *dar por sentado*, *fingir*, etc., como en los siguientes ejemplos:

Do you assume to do thus?

We assume that the forces in the World are essentially the same through all time.

To assume to be deaf, etc.

ELÍAS JIMÉNEZ ROJAS

14-agosto-1923.